

Elogio del Arte Popular

(De Bordados populares y encajes. Exposición, Madrid, Mayo, 1913)

MANUEL BARTOLOMÉ COSSÍO

Anobles aspiraciones, a fervientes anhelos de mujer en favor de las mujeres y a la delicadeza de manos femeninas debe esta Exposición su nacimiento. Por el concurso del Museo Pedagógico Nacional y de algunos generosos coleccionistas se avalora. La casa Lissarraga y Sobrinos se deleita albergándola. Y es, con todo ello, solamente un modestísimo ensayo, encaminado a despertar el interés, aún soñoliento, hacia ramas tan frondosas del arte como son las del bordado y del encaje.

Pero bordados y encajes populares, hechos por damas y por lugareñas, en la ciudad y en el campo, en el estrado y en la cocina, en el convento y en la *amiga*, productos anónimos, dondequiera, de un espíritu artístico difuso, cuyas formas tradicionales, según las comarcas, hunden siempre su firme raigambre en las entrañas de la vida social, sin distinción de clases, y allí anidan y allí se perpetúan.

Perpetuidad, sin embargo, no estática, sino evolutiva, aunque de tan mansa evolución como el lento cambio de la naturaleza. Porque el arte popular, a semejanza del lenguaje - anónima creación también de idéntico proceso- encarna justamente los últimos y más hondos elementos, aquellos datos primitivos del alma de la multitud, que por esto se llaman naturales. De ese fondo del *demos*, amorfo, surge a veces el artista *distinguido* y la obra *aristocrática*; brotan las diferenciaciones, las escuelas, los transportes de la inspiración, los acentos de los genios creadores, y todo esto, nacido, al arte popular nuevamente revierte y en él incorpora, y él de ello se alimenta, como la madre tierra vive y se nutre a expensas de los seres que fecunda engendrara.

Así, cuanto más alto y puro y consciente y universal sea el arte reflexivo erudito, tanta más riqueza y más intensidad, tanto más carácter gana el arte del pueblo, que en su gestación natural sabe, como los organismos, convertir todo buen alimento en sangre de su sangre y tornarlo *castizo*.

Anégase lo subjetivo en el fondo primario y con su sacrificio lo enriquece, colaborando a la majestad de la anónima y uniforme permanencia de lo espontáneo, que siempre sobrenada, por donde el arte popular, como la tierra, es tesoro común de gentes y de edades, y en sus productos ofrece -contra lo que el ingenuo se figura- antes que lo diferenciado, lo homogéneo, las más chocantes analogías, los más persistentes influjos entre épocas apartadas, entre regiones diversas y países remotos.

Como la nube al mar, así torna finalmente por innumeradas sendas a la amplia cuenca del espíritu común todo el arte erudito; al seno impersonal donde tuvo su origen. Mas la fusión es lenta y obra culta de siglos, al cabo de los cuales solamente aparece. De aquí la exuberancia del arte popular en las naciones próceras, mientras las nuevas carecen de él y lo tienen misérrimo. El tiempo no se improvisa, ni la historia anticipa sus horas.

Tal compenetración suscita los valores estéticos de este arte del pueblo. Arte que solo habla y se entrega al pueblo mismo, de cuyo espíritu subconsciente, sin saberlo y sin quererlo, mana a los hogares donde en la hora del trabajo y en las fiestas tiene su familiar y perdurable convivencia, o al ingenio sutil y aleccionado que logra percibir con agudeza, tras de la sencillez y aun la barbarie de asuntos y de formas, de materiales y procedimientos, la serena armonía de aquella labor caudalosa de siglos y de razas; la mística belleza de las creaciones populares.

No admite en el contemplador términos medios: arte de humildes, arte de refinados. Para el humilde, los puros encantos de la fantasía primitiva, clara, sencilla, ingenua, modesta, sobre todo abnegada, sin pretenciosos alardes de originalidad innovadora; la íntima sensación de que sus riquezas son comunes, patrimonio por todos conservado y aumentado, al que nadie custodia porque es inalienable, al que ninguno deja de prestar amorosa obediencia.

Para el refinado, la ancha visión unitaria de las corrientes universales, que en el acervo artístico popular vienen a hundirse; la profunda emoción de este coral gigantesco, en que el arte del pueblo, totalmente objetivo y por objetivo, como el coro de la tragedia, justo y piadoso, funde las disonancias, suaviza las estridencias, corrige las aberraciones, depura los caprichos personales, elimina cuanto repugna a la castidad de su naturaleza original y de su alma colectiva.

Así hablaba el poeta [estrofa de «L'ART ET LE PEUPLE» de *CHÂTIMENTS* de Victor Hugo, 1853]:

*L'art est un chant magnifique
Qui plaît au cœur pacifique,
Que la cité dit au bois,
Que l'homme dit à la femme
Que toutes les voix de l'âme,
Chantent en chœur à la fois*